



**DIANA SCOTT**

**ÁTADA A UN  
SENTIMIENTO**

**SAGA INFIDELIDADES**

# Atada a tus sentimientos

Silvana Moreira  
Published by Silvana Moreira

Copyright 2015 Silvana Moreira

## Prólogo

— ¡No es él! ¡No es nuestro niño!— Lucas gritó entre nervioso y desesperado.

Matías resopló aliviado mientras se despeinaba con la mano. Dios lo perdonara por su egoísmo pero no podía dejar de sentirse agradecido con el destino.

La bolsa de plástico contenía un cuerpo que llevaba muerto un par de días pero no era su pequeño. El aire comenzaba a llenar nuevamente sus pulmones y el corazón volvió a latir recordándole que debía continuar.

— Alrededor de unos seis o siete años— Carlos inclinado en una de sus rodillas examinó el cadáver con detención.

— Sus marcas indican que su cuerpo fue trasladado hasta aquí cuando ya estaba muerto. Y sus ropas...¿Qué curioso?

— Qué piensas— Lucas se agachó junto a su compañero.

— El tejido y los colores parecen...

— De centro África— Lucas diagnosticó seguro.

— ¿Y cómo diablos llegó hasta aquí—. Carlos demostró estar totalmente perdido.

Matías caminaba descontrolado. Se movía de un lado a otro examinando incluso a las mismas palomas que picoteaban distraídas.

«¿Qué me estoy perdiendo? ¿Por dónde debo buscar?».

Los pensamientos volaban inconexos. La lógica y la coherencia viajaban por derroteros muy distintos al de su inteligencia. El duro y controlado combatiente estaba desorientado y asustado. Las gotas de sudor bañaban su frente y la bruma del desconcierto le nublaban la vista. Los nervios lo consumían y la frialdad por la cual era reconocido, ardía en los infiernos de la desesperación.

— ¿Dónde estás...Dónde?

Sus compañeros de brigada lo miraron comprensivos.

Conocer que el pequeño cuerpo no era el de Alex era una noticia esperanzadora pero ahora el problema se centraba en otro lugar. ¿Dónde se encontraba el hijo del capitán? ¿Dónde estaría la maldita zorra? Y principalmente, ¿por qué les dejaba una pista tan macabra?

— Lo encontraremos— Lucas apretó con fuerza el hombro de su amigo. Intentó demostrar control pero sus miedos por la vida del pequeño eran demasiado evidentes y el tono de su voz fue incapaz de ocultarlo.

Matías no escuchaba, sólo observaba y analizaba.

Miró el horizonte perdido en sus pensamientos. El mundo se había detenido y los relojes ya no marcaban la hora.

«¿Dónde estás? ¿Dónde estás? No puedes estar lejos. Las huellas son recientes».

Cual rapaz buscando su presa, el capitán rastreó con la mirada cada milímetro de terreno que tenía delante.

«Maldita hija de perra, tienes que estar por aquí. Lo sé. Te siento».

Los ojos negros del capitán se tornaron aún más oscuros. Sus duras facciones parecían granito helado. Los mechones de su negro pelo volaban descontrolados con la suave brisa de verano pero nada lo distraía de su rastreo visual. Sus compañeros de brigada temían seriamente por su salud mental.

— Matías, debemos irnos, seguro que...

— Jodida perra del demonio. ¡Muéstrame dónde! Estás aquí...Quieres verme sufrir, quieres sentir mi desesperación...Estás observando ¿Dónde, dime dónde?

Lucas y Carlos se miraron extrañados; intentaron convencerlo para marcharse pero Lucas dejó de insistir al notar que el capitán corría como alma llevada por miles de demonios juntos.

Carlos y Lucas se precipitaron intentando darle alcance.

— ¿Estamos locos no?— Gritó Carlos en alto mientras corría a toda velocidad.

— ¡Eso parece!— Lucas vociferó travieso mientras corría tras su capitán al igual que su compañero.

Ambos no comprendían la razón por la cual corrían como alma que los llevaba el viento pero eso poco importaba, eran una brigada, siempre juntos ante el peligro, y por sobre todas las cosas, jamás se dejaba a un compañero atrás.

Matías corría sin fronteras. Intentó esquivar a la multitud lo mejor que pudo pero se trataba de una misión imposible. La ciudad se cubría de personas alegres y él se adentraba en el epicentro del tumulto más efervescente.

Las pistas de Estela los llevó hasta la misma ciudad de Pamplona, en plena fiesta de San Fermín. La ciudad hervía de turistas y lugareños disfrutando jocosamente de una fiesta descontrolada por la música y el alcohol.

El capitán volaba sobre sus pies y su rumbo demostró no ser otro que la salida del primer encierro de la fiesta, en pleno centro de Pamplona.

— ¡Matías! ¡Capitán!— Lucas y Carlos gritaron desesperados intentando alcanzarlo pero era imposible. Su jefe corría como el mismo demonio. Su pelo negro azabache le cubría la cara pero a él no le molestaba. Debía llegar a su destino.

— Vas directo hacia las bestias. Los toros saldrán en un minuto. ¡Te aplastarán!— La voz de Carlos se perdía con el viento.

— Joder Matías ¡Detente ya! Vas directo al matadero.

Matías lanzó una carcajada fría, casi mortal, y sus compañeros dudaron de su escasa cordura.

— ¡Quiere verme morir mientras lo salvo! Allí...Mirad allí—. Señaló con la mano en alto—. Cien metros a mis tres. Comprobad.

Lucas y Carlos corrían igual de rápido que su capitán pero cuando levantaron los ojos y pudieron ver lo que Matías señalaba, la sangre se les heló al instante.

Un niño colgaba boca abajo. Atado justo encima de los portones de madera que darían salida a los toros más bravos del lugar.

La gente estaba demasiado concentrada en su diversión para mirar más allá de sus narices. El niño caería apenas se abrieran las compuertas. Atado como estaba, no tenía escapatoria. Moriría aplastado por las garras de los toros. Las bestias lo desangrarían con unas cuantas cornadas para luego rematarlo con sus fuertes pisadas.

— ¡Lucas! Dispara a la cuerda— Matías gritó mientras se acercaba cada vez más a su hijo.

— ¡Imposible! Hay mucha gente. Si cae...Es muy pequeño. Su cabeza estallará como un melón...

— ¡Joder Lucas! ¡Dispara!

— ¡Qué te jodan! Es mi ahijado. No puedo.

— ¡Es mi hijo!— Matías gritó con apenas aliento mientras se acercaba cada vez más a su cruel destino—. ¡Hazlo ya!

Lucas se detuvo. Haría lo que su amigo le pedía. No era tiempo de ponerse a pensar. Estiró su mano derecha mientras su mano izquierda detenía los temblores de la contraria. La exactitud lo era todo. No podía fallar.

«Hermano espero que sepas lo que haces». Pensó angustiado.

Lucas tenía los dedos mojados por el sudor nervioso que recorría sus dedos pero como un profesional del combate, respiró con profundidad, y con precisión sobre humana, disparó.

La gruesa cuerda se cortó en dos dejando caer al pequeño justo delante de las puertas de madera, que en ese preciso instante liberaron a las bestias. Los toros bravos aplastarían al pequeño sin clemencia. Matías saltó sin mira-

mientos ni temores. Alzó sus brazos y llegó a recoger el pequeño cuerpo en el aire, mientras lo apretaba con sus fuertes brazos para amortiguar la caída. Lo envolvió decidido y se dejó caer en el suelo empedrado.

— ¡Papá!

— Estoy aquí. No te muevas—. Fueron sus últimas palabras antes de aguantar el más tortuoso de los dolores.

Los toros corrieron descontrolados y lo pisaron sin miramientos. Carlos y Lucas sólo pudieron observar como los animales aplastaban ferozmente a su compañero que resguardaba en su interior el cuerpo del pequeño.

Carlos logró llegar agitado hasta su capitán y con un par de tiros al aire consiguió que las bestias se asustaran y se alejaran del cuerpo de su compañero.

Intentó agacharse para comprobar las heridas de Matías, cuando un sonido cortó el aire y le rozó quemando su hombro. Con rapidez levantó la mirada y buscó su objetivo.

— Joder ¡Nos disparan!— Una bala le rozó la mano cuando intentó apuntar hacia las casas antiguas.

Matías gimió con dolor desgarrador pero apretó fuerte al niño y consiguió arrastrarse bajo unas tarimas que les ofrecieron cobijo. El cuerpo le dolía como mil demonios pero eso no importaba, Alex estaba vivo.

— ¿Hijo estás bien? ¿Te duele algo?— El pequeño negó con la cabeza. Se encontraba demasiado conmocionado para emitir palabra alguna.

— Bien— El capitán apretó con fuerza al pequeño e inhaló su tierno perfume mientras dejó correr una lágrima de profunda felicidad.

— ¿Papá, nos van a matar?

El capitán apretó aún más a su hijo contra su fuerte pecho ofreciéndole la más segura de sus respuestas.

— Nadie va a lastimarte. No los dejaré.

El sonido de disparos se detuvo y Matías supo que el peligro había pasado. Sinceramente eso esperaba, porque lo último que deseaba era que su hijo presenciara su

capacidad de matar con sus propias manos, a cualquier maldito desgraciado que osara quitárselo.

— Pásame al pequeño— Carlos se agachó para sostener al niño en brazos mientras su padre intentaba salir por debajo del escenario.

Lucas se apresuró y le ofreció su hombro pero Matías aunque temblaba y parecía tener una dedo fracturado se negó a aceptar su ayuda.

— ¡Maldito bastardo! Te han pasado por arriba no sé cuantos toros. Es un milagro que aún estés vivo y no te hayan roto en pequeños trocitos. ¡Puedes aceptar mi ayuda de una vez y sin protestar!

El capitán intentó sonreír pero la sangre comenzó a brotar por su boca.

— Carlos, llévate a mi hijo.

— ¡No! Me quedo con papá. Me quedo contigo— El niño estiró los brazos cortitos y regordetes. Aún se encontraba asustado por todo lo vivido.

— Tío Carlos te llevará a casa.

— ¿Y tú? Tienes pupa. Vamos juntos a casa, mamá va a curarte.

— Sí hijo— Matías sonrió con luminosidad en sus ojos. Pensar en ella era su única luz—. Mamá siempre me cura pero primero tengo que hacer una cosa. Pronto estaré contigo.

— ¡Papá!— El niño no deseaba marcharse— ¿Vas a buscar a los malos?

— Te lo prometo.

— Vamos pequeño charlatán. ¿Dime, tienes cosquillas...aquí?— El pequeño se retorció de la risa en brazos de su gran custodia— Tío Carlos no, por favor no...

Ambos marcharon sonrientes y Matías respiró por fin perdiéndose en la alegría de su hijo. Sólo pasaron algunos minutos cuando la oscuridad comenzó a nublar sus pensamientos, una vez más.

— Conozco esa mirada. Y ni lo sueñes, no puedes enfrentarte a Estela. A estas alturas estará rumbo a quien sabe donde. Es posible que no regrese nunca.

Matías miró a su amigo pero no quiso contestar.

Esa mujer no lo dejaría en paz hasta que acabara con aquellos a quien él más amaba y por todos los santos que iría al mismo infierno y la despellejaría viva antes que permitirle acercarse a su familia otra vez. Era el momento de pensar y actuar antes que esa maldita zorra volviera a intentarlo, y más le valía estar preparada, porque no tendría compasión.

— Puede que tengas razón— Matías tosió una cantidad importante de sangre— ¿pero que tal si buscamos un médico? Esos toros estaban algo grandecitos.

Lucas lo ayudó a subirse al coche rumbo al hospital pero no fue capaz de reír con la broma. Lo conocía suficientemente bien. La guerra acababa de comenzar para su capitán. Su familia estaba en juego y él no pararía hasta detenerla. En el coche Matías gruñó de dolor y Lucas preocupado apretó a fondo el acelerador rumbo al hospital.

— ¡Ni pienses en morirte!— Lucas intentó bromear pero su voz sonó demasiado afligida.

— No puedo. Aún no...

— Te conozco amigo. No te enfrentes sólo a ella.

Matías lo miró con seguridad. Su pelo negro se pegaba a su frente ensangrentada por los rasguños. El duro cuerpo estaba magullado pero tenso como un oso momentos antes de atacar a su presa. Lucas reconoció como su mirada oscura se transformaba. Matías se alejaba de la figura de el tierno padre para dar lugar al combatiente oscuro y duro de matar.

— Haré lo que tenga que hacer—. Su voz fría no dejó lugar a dudas. Estaba listo para la guerra y no le importaba morir.

Lucas resopló furioso y apretó aún más el acelerador. El presentimiento no le fallaba. Se aproximaban tiempos de mucha oscuridad y el espíritu de Matías era la más negra de las noches.

## Atada a una profunda Oscuridad

El coronel resoplaba nervioso mientras caminaba a paso agitado. El despacho parecía hacerse cada vez más pequeño frente a sus duro andar.

Matías apoyado en la puerta cerrada, y con la cabeza gacha, seguía concentrado el camino de una hormiguita de patas largas, que cargaba por el suelo de roble oscuro, un trozo de hoja que le serviría de alimento.

El cansancio, fruto de una desesperación por un hijo encontrado de casualidad y el otro robado al mismo ángel de la muerte, habían hecho mella en un capitán que se encontraba al límite de sus fuerzas. Apoyó su mano en la barbilla y continuó admirando al pequeño insecto que tenía cerca de su enorme bota negra de combate. ¿Sería padre igual que él? ¿Estaría la pequeña hormiguita intentando llevar alimento a su familia? ¿Los protegería de otros insectos? ¿Estaba haciendo lo correcto?

Un golpe en el escritorio a puño cerrado lo distrajo de sus agotadas y estúpidas reflexiones.

— No puedo permitirlo— negó enérgico.

— Sí puede...— Matías contestó con la debilidad propia de un hombre agotado.

— ¡Ni se te ocurra darme órdenes a mí!—. El coronel pateó la silla con fuerza.

«Pobre silla. Será el último ataque de ira que reciba antes de convertirse en leña para chimenea» Sus pensamientos no eran lógicos, pensó divertido.

Matías se incorporó a duras penas. No tenía huesos rotos pero los hematomas por su cuerpo eran del tamaño de tomates maduros. Se acercó a su jefe y apretó el hombro derecho de aquel gran hombre. El coronel era su coronel pero también era el padre de la brigada; ellos eran sus chicos, y nadie les tocaba un pelo sin sufrir la ira del coronel en sus carnes. Aquél hombre era honestidad, valor y sabiduría. Todo en uno. Matías lo admiraba como a nadie y esperaba algún día llegar a ser como él.

— Te necesito. No hay otro camino—. Apoyó su amplia mano en la espalda del jefe.

— Buscaré otra solución. Dame tiempo para pensar.

— No lo hay.

— ¡Me cago en tus ideas Matías! Parece que quieres morir—. El coronel se incorporó furioso lanzando la silla por los aires.

«Al final sí que ibas a recibir otro ataque de ira antes que te echen a la chimenea». Matías se ríe de su pensamientos incoherentes.

— ¿Cómo está Alex?— El coronel preguntó cambiando de tema.

— Carlos lo llevó a casa. A estas horas estará con su madre y su hermano.

— Y David.

— Está bien, corrió asustado y no pudieron atraparlo— Matías sonrió orgulloso— pillarlos a los dos juntos es misión imposible. El coronel asintió con orgullo de abuelo postizo.

Matías lo miró esperando una respuesta. Sabía perfectamente que el coronel evaluaba todas las opciones, siempre lo hacía, y mucho más ante una de tamaño envergadura.

Pasaron sólo unos minutos cuando el coronel levantó la mirada para clavar su potente mirada en él.

— ¿Sabes que irás directo al matadero?

— Sí— Matías respondió seguro.

— ¿Y aún así...?

Matías cayó en la sofá de cuero desgastado. Se apretó la cabeza con fuerza intentando despertar de un maldito sueño que no tenía fin.

— ¿Qué harías en mi lugar?

El coronel pensó en su amada esposa y sus dos hijos y no pudo mentir.

— Lo mismo que tú— suspiró cansado—. Estoy contigo.

Matías levantó la cabeza y lo miró agradecido pero el coronel negó con la cabeza.

— Debo estar loco. Vas al matadero.

— Bueno, ya me han pasado por encima unos cuantos toros bravos por lo cual ir a un matadero no puede ser mucho peor.

Ambos rieron sin ganas hasta que el coronel habló con la calidez de un padre.

— ¿Sabes que la perderás?

Matías ocultó la pena que asomó en su sombría mirada.

— Lo sé.

El coronel asintió con la cabeza y se sentó a su lado dejando que el silencio de la noche les diera el consuelo y las fuerzas que necesitaban. La peor de las misiones comenzaban para los dos. Uno arriesgaría su puesto como jefe de la brigada y el otro su propia vida.

La partida comenzaba y Matías jugaba con las peores cartas.



## Atada al tiempo

Abrió la puerta de su casa con sumo cuidado. Era entrada la madrugada y no quería despertar a nadie. Demasiadas cosas habían pasado y todos merecían algo de descanso.

Azul y él hablaron por teléfono varias veces mientras ella le relató entre nerviosa y excitada la llagada del pequeño a casa.

Alex contó a su hermano gemelo el rescate de su padre entre los enormes toros con cuernos alargados, y por supuesto, las cosquillas a las que su tío Carlos lo tuvo sometido durante todo el trayecto de regreso a casa.

El hombre recordó como Azul, al otro lado de la línea, hablaba sin parar. La pobre mujer no era capaz de controlar sus propios nervios. La alegría de tener a sus hijos en casa sanos y salvos era tan grande, que la voz le temblaba, y él habría querido viajar por la red telefónica para abrazarla y explicarle muchas cosas, pero no podía. No era tan valiente. Sólo era un hombre de carne y hueso perdido entre el deber y el querer.

Hombre frío y distante donde los haya, había cambiado gracias a ella, pero ahora todo era diferente. Ese hombre lejano y que aborrecía debía regresar. La oscuridad lo inundaba nuevamente.

Cuando entró al salón, pisó sin querer un coche de los niños, y al agacharse para recogerlo se percató que Azul dormía relajadamente en el sofá del salón. Estaba preciosa. Su pequeño cuerpo hecho un ovillo parecía tener algo de frío, sin embargo su cara estaba relajada, hasta parecía sonreír dormida.

«¿En quién piensas mi amor? ¿Con quién sueñas cuando no estoy?». Pensó mientras le quitaba la cabellera que cubría la mitad de su rostro.

«¿Cómo puedo amarte tanto y provocarte tanto dolor?».

— Ya estás aquí...— Azul intentó incorporarse pero el sueño no se lo permitió. El día había resultado ser agotador y su cuerpo se lo hizo notar— Carlos dijo que no llegarías hasta mañana por la tarde—. La joven se tapó la boca cubriendo un profundo bostezo y Matías sonrió enamorado.

— Me di mucha prisa— se arrodilló en el suelo a su lado mientras no dejaba de acariciarle su dulce rostro.

Azul sonrió esperanzada. Su marido llevaba meses distanciado de ella y no importaba todos los esfuerzos o las tácticas que empleara, Matías se alejaba cada vez más. La distancia cada día era un peso mayor y ella no era capaz de comprender la razón.

Él la acarició con ternura, con devoción y le prodigó una dulzura que ya no solía permitirse. Ella se inspiró de valor y decidió actuar. Cruzó sus pequeñas manos tras el cuello de su amado y lo besó con ternura.

Matías sintió que un rayo lo atravesaba por completo. Llevaba meses alejado de ella. Desde el regreso a Madrid, después del rescate de Carlos en el Amazonas, había intentado mantener las distancias. Estela lo había marcado y no sólo con las torturas físicas, sino con las compuertas de una nebulosa de oscuridad que abrió y que le resultaba imposible cerrar.

Intentó alejarse de Azul, pensó en miles de excusas, incluso participó en acciones militares en las cuales no era necesaria su presencia, con tal de permanecer lejos de ella, de su suave cuerpo. Su mujer, el precioso sentido de su vida, el amor que jamás pensó sentir y que le había capturado el alma, hoy se convertía en la persona que debía dejar atrás.

Meses sin apenas sentir su sabor. Sin tocar su delicado cuerpo. Sin acariciar su ternura y marearse en la curva de sus pechos. Tenía que resistirse para no perjudicarla, ¿pero cómo se hace cuando no eres más que un simple hombre enamorado?

Azul notó la tensión de su marido pero no le importó. Últimamente Matías escapaba cada vez que ella se acer-